

L2
J-13

COMPOSICIONES

ESCRITAS

POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

CATEDRÁTICO DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA
EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

CON OCASION DEL SEGUNDO CENTENARIO

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS

Pasaje Fortuny (antigua Universidad)

1881

8
119

8
719

COMPOSICIONES

ESCRITAS

b^o 1291

POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

CATEDRÁTICO DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA
EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

CON OCASION DEL SEGUNDO CENTENARIO

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPUS

Pasaje Fortuny (antigua Universidad)

1881



8
119

DISCURSO LEIDO
EN LA
FIESTA LITERARIA
CELEBRADA EN EL PARANINFO
DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA



EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

SIEMPRE, aunque por diversos modos, se ha procurado honrar la memoria de los varones esclarecidos, soles del mundo intelectual. Anda nuestra época muy solícita en este ejercicio, y sería por ello muy de alabar, si algunos no lo mirasen como una suerte de nuevo culto, cuando no de culto único, siendo éstos cabalmente los que juzgan simple efecto de un feliz accidente cerebral las extraordinarias potencias del alma humana. Con mayor motivo tributaremos honores á los que las poseyeron, si las tenemos, conforme es debido, por reflejo, á menudo oscurecido y alterado, de una luz superior, y si en la admiracion de una grandeza siempre limitada, vemos como el presentimiento del primer manantial de todas las grandezas.

Entre los hombres que mejor dotados nacieron, cúentase el poeta sumo, príncipe del teatro Español, D. Pedro Calderon de la Barca. Príncipe se le ha llamado y con razon, pues nadie dominó como él todos los ámbitos de nuestra poesía escénica, ni se enseñoreó tan victoriosamente de todas sus especies y variedades; y si de haber cultivado con más frecuencia algunas de ellas se dedujese que fué ménos apto para otras, no se estaria en lo cierto. Rivaliza con los mejores en lo cómico y los supera, si al caso viene, en vigoroso naturalismo. En la comedia de costumbres caballe-



rosas, en la pintura de las delicadas contiendas de la galantería y en la invencion de lances enmarañados y sorprendentes es, por confesion de todos, incomparable. Pues si por lo trágico vá, por las batallas reñidas en el secreto recinto del alma, alguno de los nuestros tal vez le iguala, ninguno le vence. Hablar de drama religioso y simbólico ó de auto sacramental y hablar de Calderon, es decir una misma cosa. De manera que bien puede llamársele compendio y cifra de cuanto poseía ó deseaba la Musa dramática española.

Presenta concentradas su fisonomía las facciones esparcidas en los poetas dramáticos sus precedesores y contemporáneos, con un no sé qué más trascendental y exquisito. Distínguele además aquella su predileccion por dos clases de argumentos á que pueden reducirse, sin grande esfuerzo, todos ó casi todos los dramas de su copioso repertorio.

La primera de estas dos clases comprende los asuntos tomados de aquella region encumbrada donde se identifican la verdad y la belleza, ó lo que vale lo mismo, los asuntos religiosos. Cuadra perfectamente este título á las alegorías en forma dramática, llamadas autos sacramentales, al paso que en los verdaderos dramas suele mezclarse algo humano, y aún tal cual vez el objeto, aunque teológico en el fondo, tiene las apariencias de simplemente filosófico. Como quiera que sea, al tratar este linaje de asuntos se halla Calderon en su propia esfera, exhala sus más íntimos sentimientos y despliega todas sus fuerzas intelectuales é imaginativas. No diremos por cierto que logre siempre convertir el conocimiento científico en legítima concepcion estética; pero bien puede asegurarse que fué poeta fecundísimo y en muchos casos afortunado en reproducir por medio de hechos, afectos y emblemas, espirituales enseñanzas.

La segunda clase de argumentos le fué suministrada por la caballería: conviene á saber, por la caballería más recien-

te, que al altivo pundonor de la primitiva, ya suavizado por la cortesía, pero al mismo tiempo más sutil y vidrioso, y al espíritu galante de la media, enmendado de un error gravísimo, añadió el noble principio de lealtad monárquica, ménos universalmente reverenciado en siglos anteriores. Como pensaba conciliar nuestro dramático la exposicion encomiástica de ciertos cánones de la caballería (que encomiástica es en efecto, á pesar de no escasas reflexiones en sentido opuesto) con los inmutables principios de la moral católica, difícil nos fuera esplicarlo; más atendiendo únicamente á la parte estética, pasma su maestría en semejantes representaciones. Si en ellas las prácticas caballerescas siguen un curso bonancible, que no bastan á turbar algunos tiernos lamentos ó algunas cuchilladas más ó ménos, todo es entonces gracia y frescura: si las mismas prácticas engendran lamentables catástrofes, llega al colmo el efecto trágico, solo templado por la serena decision con que, empos de afanosas vacilaciones, lleva á cabo el protagonista sus terribles propósitos.—Y aquí es de advertir que en algunos dramas de nuestro poeta se notan, no sin efecto estético, ciertos visos fatídicos en sentencias, predicciones y presagios: punto acerca del cual nos declara su mente, cuando la fuerza de los hados, en apariencia vencedora, queda como burlada por los libres actos del humano alvedrío.

Tales son, en medio de la portentosa variedad de nombres históricos y mitológicos, de personajes y situaciones, los asuntos escogidos por Calderon; los pensamientos que embargaban su ánimo; los sentimientos que enardecian su pecho: en suma, el fondo, los materiales de sus composiciones. Fáltanos ver como manejaba y empleaba estos materiales; el sello que en este fondo imprimia.

Y en primer lugar ocurre la pregunta: ¿tuvo Calderon lo que se llama una manera? Mucho que la tuvo, por más que

no llegue á difundirse por todas las partes de sus obras. Provino en parte de prácticas escénicas heredadas y que no se cuidó de corregir ó mejorar, sino de beneficiarlas con singular destreza, y en parte de lo que añadió de cosecha propia, siguiendo su gusto personal, en verdad no muy severo, ó el que privaba en aquella época; y se compone de la frecuente introduccion de personajes vaciados en una misma turquesa; de la repeticion de escenas análogas, especie de lugares comunes dramáticos; del abuso de la dialéctica; de ciertas simetrías de lenguaje, y del estilo culterano, enemigo de la sencillez y sinceridad de expresion y que exagera hasta lo sumo dos principios verdaderos, cuales son, el vuelo que da á la fantasía la exaltacion de los afectos y las analogías y concordancias entre los diferentes órdenes de séres. Esta manera, por cierto brillante y seductora, especialmente para espectadores españoles, junto con el color nacional muy subido de algunos dramas y la índole espiritual de otros, que no á todos agrada, nos da la razon de que las obras de nuestro poeta (aun prescindiendo de los autos) sean ménos traducidas, leídas y celebradas que las de otros principales ingenios que, todo bien mirado, no le llevan ventaja.

Sin que sea siempre fácil señalar límites, se ha de distinguir entre lo que pertenece á la manera y los genuinos y esenciales efectos del ingenio. No fué Calderon de los que han de remediar su pobreza de recuerdos objetivos por medio de arbitrarias combinaciones de la fantasía, y notamos ya que sobresalió, cuando quiso, en la fiel descripcion de costumbres; pero no cabe dudar que el mayor distintivo de su ingenio es una decidida propension idealizadora. Muéstrala desde luego en la disposicion general de los argumentos no inventados, que descoyunta sin escrúpulo para dar mayor realce y brillo al principal concepto, y no ménos la muestra en el sucesivo desenvolvimiento de los pormenores. Hubo

poetas, hijos de la naturaleza, en quienes la fusión de lo real no fué tan perfecta que no quedasen acá y allá masas intactas de la primitiva materia; mientras en manos de otros, de épocas más cultas y de gusto delicado, todos los elementos pasaron, átomo tras átomo, por el crisol de la idealidad. Calderon llegó todavía más adelante. No toma de lo exterior sino lo estrictamente necesario, y las sombras, que, según el dicho del trágico, pueblan el carro de Téspis, son en él, más que en los otros, ténues é impalpables. Mas aquellos restos depurados, estas imágenes lejanas de la vida, guardan lo más significativo y eficaz de los modelos, y al través de la deslumbradora atmósfera escénica y del confuso resonar de los versos culteranos, se vislumbran figuras y se entreoyen voces, unas y otras profundamente verdaderas. Los que se han azeado al estilo de Calderon y deleitado en saborear sus bellezas reconocen en sus obras, al par que la imaginación más rica y voladora, un soberano poderío artístico en las realidades del mundo inmaterial y del visible. Así considerado, no se le negará el lugar que le compete entre los que más ensalza la historia literaria, no de España, ni de la Europa moderna, sino de todos los siglos y lugares.

A poco de haber fallecido D. Pedro Calderon de la Barca, fué declarado por un su amigo y editor: «ornato de la corte, ansia de las extranjeras, padre de las musas, lince de la erudición, luz de los teatros y admiración de los hombres.» Doscientos años han transcurrido y ha persistido el amor de los españoles á su gran dramático, si bien con bajas y alzas causadas por doctrinas literarias venidas de fuera. Tratándose ahora de celebrar á un escritor español eminente, la cronología, un poco violentada, ha venido en au-

xilio de este buen propósito, señalando el segundo centenario de la muerte de nuestro poeta. Al anuncio de la festividad literaria que esta fecha ha ocasionado, se han movido todas las comarcas de España y no pocas naciones extranjeras.

Cataluña ha respondido al llamamiento y no como admiradora de la belleza donde quiera que se encuentre, sino á fuer de entusiasta de un poeta nacional; lo que no es de extrañar, ya que nuestro Principado es más español de lo que juzgan muchos de esta y de aquella banda. No comienza hoy seguramente á conocer la lengua castellana que empleó, hace más de tres siglos, un poeta catalan, con tanta fortuna, que introdujo en ella un metro y una escuela. Por lo que toca al género dramático, antiguas y modernas ediciones, representaciones no interrumpidas en ciudades y villas, prueban la afición de los catalanes al antiguo teatro; y aún se ha observado, más de una vez, que sus discretas redondillas y conceptuosas décimas embelesaban tanto ó más que á las personas letradas, á honrados y sencillos menestrales. La lengua castellana ha sido para nosotros la de un hermano que se ha sentado á nuestro hogar y con cuyos ensueños hemos mezclado los nuestros. Es verdad que uno de los hermanos no ha hecho siempre oficios de padre y que el otro no se precia de muy sufrido; pero el vínculo existe y es indisoluble.

El buen catalan llora amargamente los quebrantos de la lengua y de las costumbres de su tierra y quisiera además que no quedasen olvidados los ingénios catalanes, que al fin, como ya ha proclamado en Castilla una voz autorizada, son también ingénios españoles; pero no aborrece el cultivo de la lengua nacional, ni mira con malos ojos los primores literarios que se han alcanzado valiéndose de tan bello instrumento.

Todos los amadores, que no idólatras de lo pasado, no se consuelan en verdad, pero se complacen al ver que nuestro siglo, que tan afanado se muestra en acabar con las mejores tradiciones, paga á lo ménos tributo á grandes nombres históricos, tanto más cuanto en algunos casos, conforme en el presente se verifica, no consistirá todo en la expansion de un efímero entusiasmo. Ya el rumor de los próximos festejos ha traído más lectores á Calderon de lo que hubiera logrado la apología más profunda y razonada—que así son, ó así somos los hombres. Entre muchas poesías de mediano mérito, de seguro las habrá buenas é inspiradas; y esto tambien es algo. Por fin la crítica calderoniana se enriquecerá con trabajos concienzudos, de los cuales podrá hacer caudal el gran monumento que, para honra suya y nuestra, se ha de levantar al insigne dramático. Hablamos de un monumento literario, tan fácil de proyectar como de difícil ejecucion, y de que existe ya un loable bosquejo.

Una edicion completa de textos y variantes, formada á la luz de cuantos impresos y manuscritos existen; ilustrada con todas las noticias que se han descubierto ó sea dado descubrir, y con una detenida averiguacion de los antecedentes, cuando los haya, de cada drama; acompañada de una revista general de los encomios, muy justos, aunque á veces exclusivos, de los admiradores y de los reparos, no siempre infundados, pero por lo comun apasionadísimos, de los adversarios, y de una apreciacion ámplia é imparcial á la vez que vivamente sentida, en que todo se ponga en su punto, estudiando cumplidamente la materia en sus aspectos religioso y ético, literario é histórico: hé aquí lo que debe España á su poeta nacional por excelencia.



CARTA

AL D.^R H.*** DE BERLIN



APRECIABLE SEÑOR MIO:

Por conducto de D. F. N. he sido invitado á remitir un escrito para la velada en honor de Calderon que VV. se proponen celebrar. Duéleme en gran manera que me impidan complacerle las ocupaciones extraordinarias que á las mías habituales han añadido los preparativos de dos actos de índole análoga. Me creo, sin embargo, puesto en la obligacion de dirigirle algunas líneas para no pecar de descortés y para que no se atribuya mi forzosa abstencion á indiferencia.

No cabe ésta ciertamente en quien durante treinta y cuatro años ha enseñado y sigue enseñando literatura española; en quien cuenta entre los agradables recuerdos de infancia el de la representacion de antiguos dramas, tales como *La lavandera de Nápoles* y *El triunfo del Ave María* (con su moro Tarfe á caballo, en el patio del coliseo) y en quien, hace ya más de nueve lustros, leía con pasion, aprendiendo de memoria largos trozos, *El ricombre de Alcalá* y *La vida es sueño*, por más que creyese entonces, como tantos otros, que estos dramas infringian lastimosamente las reglas del arte.

No tardaron en correr otros vientos. La aficion al teatro antiguo, que nunca se habia extinguido en España, se trocó de tímida y vergonzante en pública y razonada, merced á algunos escritos, directa ó indirectamente inspirados por los de los críticos de vuestra patria. Vosotros fuisteis, en

efecto, los primeros en combatir de una manera consecuente el sistema dramático constreñido por una mezquina verosimilitud y por una idealidad mal entendida, y no satisfechos con apoyar vuestras teorías en los ejemplos del gran trágico inglés (en quien reconocisteis poco ménos que un compatricio) buscasteis tambien modelos en nuestra poesía escénica, y particularmente en D. Pedro Calderon de la Barca. Al par que la robustez boreal, la amplitud semi-épica y la profundidad psicológica del primero, supisteis admirar el ardor y brillo meridionales, la concentracion lírica y la elevacion metafísica del segundo. Al mencionar este hecho, de no escasa importancia en la historia de las letras, no puede un español olvidar, sin notoria injusticia, á dos hermanos críticos. Sé que nuestro siglo gasta muy aprisa ilustres nombres, y no me son del todo desconocidos algunos más celebrados y más recientes; pero nadie, que yo sepa, ha puesto más alto á Calderon que uno y otro Schlegel, ni ha escrito un elogio de nuestro poeta, no diré más imparcial, pero sí más cumplido y elocuente que el que escribió Guillermo.

Por lo dicho comprenderán VV. cuan de veras me asocio á la fiesta que tratan VV. de celebrar, donde se oirán de seguro, no sólo acentos de sincero entusiasmo, sino, además, nuevas y provechosas enseñanzas literarias.

D V. atento y seguro servidor q. b. s. m.

M.

Barcelona 6 de Mayo de 1881.



Biblioteca Pública de Soria



72546189 LZ I-13